

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8434

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚM. 4 Y 58

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id. Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empieza a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Número suelto 15 céntimos.

El pago será siempre adelantado y en metálico o letras de fácil cobro.—Corresponsales en París: R. A. Lorette, rue Caumartin, 6. Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MEDIERAS 4.

Martes 17 Diciembre de 1889

MUEBLES DE PEDRO POSTIGO.

(CALLE DE SAN FRANCISCO, NÚMERO 4.)
Gran rebaja de precios.

Por 40 duros sillerías talladas, forradas en tapiz bueno.

Por 65 duros sillerías talladas, sólida construcción, forradas en brocatel de seda.

Comedores de roble macizo artísticamente tallados, compuestos de catorce piezas y mesa para ventidós cubiertos, por 200 duros.

Comedores de nogal compuestos de 6 sillas, mesa elástica y aparador, por 40, 41 y 42 duros.

Camas de matrimonio de las mejores fábricas, desde 14 duros hasta 200. Camas de campo desde 9 duros.

Grandes existencias en todas clases de muebles y suntuosos muebles en muebles de rejilla de las mejores fábricas de Alemania.

MÁS ERES TU.

Triste política! Apellamos salimos del pié-lago de las vulgaridades, caímos en el abismo de los chanchullos, infundios que dijo hace cerca de nueve años el Sr. Abascal. Ni una idea salvadora y levantada, ni una actitud enérgica, ni un arbitrio digno! Nada, nada absolutamente.

No culpamos a los hombres de hoy; sería una injusticia. Culpamos a nuestra historia. ¿Qué culpa tiene nadie de que habiendo venido ayer a la vida moderna, de que siendo todavía muy poco más que aprendices en el arte de gobernar, por nosotros mismos, solo ahora tengamos conciencia de los defectos que nos aquejaban como gobernantes? Bien a costa nuestra, a costa de pronunciamientos y revoluciones que han consumido gran parte de nuestra sangre y de nuestra riqueza, hemos aprendido un poco de seriedad—no toda la necesaria aún, ni mucho menos—para dirigir los asuntos públicos. Y aun poco de seriedad en materias sociales y políticas. Poco, repetimos, pero algo al fin; sería locura negar que el nivel intelectual del país ha subido en 20 años y con él, el de los que le dirigen. Pues bien, si tantos sacrificios nos ha costado esto, ¿qué tiene de extraño que un poco de moralidad administrativa nos cueste unos cuantos escándalos parlamentarios?

El mal no es de hoy, ni de ayer siquiera. Ya era muy viejo cuando el Gran Capitán irregularizaba los fondos en Italia; cuando los proveedores de nuestro ejército en Flandes y en Alemania, estaban escandalosamente al Estado a costa del pobre soldado y de acuerdo con el ministro y el mismo covachuelista; cuando los grandes conquistadores del siglo de Oro de nuestra patria, intervenían en responsabilidades de que no han podido lavarse a los ojos de la posteridad. ¿A qué viene pues ese mal de escándalo, conque desde el Congreso se asusta al país y se le provocan nauseas de alca? Recordémosle la verdad, confiémosle que la corrupción moral no es triste patrimonio de ningún partido, y que por lo tanto no hay uno que pueda pretender el monopolio de la bandera de la moralidad. Téngase el valor de reconocer que siendo nuestra historia una serie ininterrumpida de errores económicos, y de desbarajustes administrativos, en el laberinto estrechísimo que forma

la complicada red de mil disposiciones contradictorias, trámites inútiles y olvidos indisculpables, se han refugiado los ratos que anidaban en todos los partidos llamense liberales, conservadores o republicanos.

Y cuando todo esto se haya reconocido y confesado noblemente por unos y por otros, póngase de buena fe manos a la obra regeneradora de la administración, expulsando de ésta a cuantos parezcan sospechosos, exigiendo a los que los sustituyan un fama sin tacha, pagándoles mejor que ahora se paga, simplificando la tramitación y el expediente para que todo pueda hacerse a la luz del día; después que todas estas condiciones se hayan llevado a cabo—especialmente la última—los que desean enriquecerse a costa del país abandonarán por completo este camino. Pero téngase en cuenta que esto hay que hacerlo de buena fe, y para que esta buena fe sea evidente, los hombres políticos deben comenzar por hacer un sacrificio grande, muy grande: no tener protegidos ni recomendados.

Esto será de una eficacia infinitamente superior al ridículo más o menos que diariamente asistimos en el Parlamento y en la prensa.

EL SUBMARINO GOUBET.

A modo de curiosidad y aguardando que el tiempo y la experiencia afluían lo que haya de verdad en el descubrimiento, traducción del «Paris» el siguiente relato semi-histórico de las pruebas hechas la semana pasada en Cherburgo con el submarino «Goubet», del nombre de su inventor, y que es con el «Paris» y el «Gymnote», el tercero de los que se disputan la gloria de dar por resuelto el gran problema. Acompañaban a Mr. Goubet, Mr. de Luessan y Mr. Emilio Goussier quien describe el experimento como sigue:

«Siguro—pues la Biblia en metáfora da esto particular—como se encontró Jonás dentro del vientre de la ballena. Pero lo que es es que en el vientre del barco pez, a despecho de las sonoridades fantásticas que resumbían en derredor extrínsecamente repetidas por el vibrante acero del casco, no se está del todo mal. Allí se respira con comodidad, absolutamente como en el suelo que pisar las vacas; no hace frío; hasta hay bastante claridad y la luz que cae de arriba por las lucernas brillantes basta y sobra para leer y hasta para escribir, si se quiere.

Por lo común, cuando se ven los espejos vidrios, se ve una especie de turbio hervor; la vista se confunde a menos de estar uno especialmente acostumbrado. Pero, en cambio, ¡qué alegría, con ribetes de orgullo, produce el sentir de ser adentro como el maravilloso aparato obótico dotado de semejanzas de un animal ametrinado, a la memoria!

¡Ay! esta cuenta de hadas no iba a durar mucho. Unos minutos más, y todo iba a degenerar en pesadilla.

La ballena, en efecto, era una ballena, una ballena de verdad, una ballena que el buque submarino, para descender, tiene que empujar agua, —apenas algunos centímetros cúbicos—que después espela cuando ha de subir. Ni más ni menos que un grifo y una bomba con los polos entre los cuales oscila toda la vida del mecanismo.

Yo estaba encargado de la maniobra de los

grifos, mientras que Goubet, sentado en popa, regía las bombas.

Por desgracia no me hallaba en condiciones tan favorables como Mr. de Luessan; a quien nuestro compañero, pequeño, ágil y ágil como el zorro, podía, sin más que poner en su taburete, vigilar las manos y corregir antes de que fuese demasiado tarde las torpezas siempre tan de temer en un principio.

Una vez sentado, con mi estatura y en la que de coracero, estaba en contacto por todas partes con las paredes del casco por arriba, por abajo, a derecha e izquierda.

En este escondrijo bíscorne en que estaba tan estrechamente empujado, me quedaba justamente el espacio necesario para volver a medias la cabeza y agitar los dedos a la manera de una bailarina japonesa. Goubet, por su parte, más alto y más grueso todavía, hallábase en la imposibilidad absoluta de ver si yo obedecía sin trampa, vacilación ni error a las instrucciones, relativamente complicadas, que él me transmitía.

¿Qué fue lo que pasó? ¿Entendí mal una orden? ¿Faltó a impulso de máquina impaciencia, algún ademán inconsiderado? Trabajé torpemente con mi manga alguna maniqueta? «That is the question». Ello es que habiendo quedado abiertos los grifos cuando debían estar cerrados, el agua empezó a penetrar más a pisa de lo que las bombas podían eliminarla.

Y comenzamos a hundirnos, a hundirnos, a hundirnos cada vez más, mientras el agua, levantando las válvulas, forzando las juntas se filtraba traicionadamente bajo nuestros pies.

Lo peor es que de segundo en segundo nos «comía» un poco más del minúsculo volumen de aire de que disponíamos: imposible renovar nuestra atmósfera así oyada, imposible hacer funcionar los tubos de oxígeno que, en las condiciones normales, deben asegurar la vida respiratoria de los sumergidos... Hubiera sido preciso para esto irse arrastrando a buscar a popa un tubo de cañichón... ¡Oh, malito tubo! Mr. de Luessan fue allá, por tener la incomparable suerte de ser pequeño. Kessler hubiera ido también. Pero un infolio como Goubet... Tanto valdría tratar de pasar un camello por el ojo de una aguja.

Ya sentíamos los síntomas precursores de la asfixia; los zumbidos en los oídos; la congestión congestiva de la sangre al cerebro; la compresión del pecho, las imágenes valiendo ante la retina... Ni tiempo, ni fuerzas nos quedaban ya para extraer con la bomba el exceso de agua que nos invade. Necesitaríamos una hora larga y dentro de cinco minutos quedaríamos sofocados sin remedio.

Para como si nada hemos cortado el hilo telefónico en previsión del pánico por la radio, que debía formar el «número» siguiente del programa. Estábamos tan completamente aislados, en nuestro gabinete particular, en lo más recóndito del reino de Neptuno, como los números de «Germinal» en su galería de carbón.

Sin embargo, esto fue la vez lo que nos salvó. Si no hubiéramos tenido la comunicación telefónica, después de estar la alarma, hubiéramos aguardado tranquilamente a que el coporro nos viniese de lo alto, sin hacer nada para sacarnos nosotros mismos del apuro. Y nos hubieran extralido muertos.

Pero no tenemos teléfono. Era preciso a toda costa sacarse de él.

Felicitamos al «Goubet» a diferencia de otros buques submarinos, lleva debajo de la quilla, a guisa de áncora de salvación, una enorme masa de plomo llamada peso de se-

guridad y que se puede desprender dando vuelta a una llave en el interior.

Ya no nos quedaba más que este último recurso.

La tentativa no estaba exenta de riesgos todavía. En efecto, nunca durante los experimentos preliminares se había despejado el peso de seguridad más que en seco. ¿Funcionaría convenientemente el mecanismo a 6 metros de profundidad? ¿No habría formado la roña una adherencia que nadie sospecharía?

Al llegar a la superficie, con la velocidad de un proyectil, ¿no iría a dar el barco volteretas que hiciesen saltar el casco, o a romper los huesos, por lo menos? ¿No iría a chocar de canto contra un buque, contra una balsa? ¿No iríamos a huir del «Carybdis» de los bogados para caer en el «Scylla» de aplastarnos sin ceremonias?

No teníamos que escoger... La suerte estaba echada.

Mas todo salió bien. El peso de seguridad se portó a maravilla: el buque se puso a flotar de un salto, sin avería, fuera de una sacudida violenta, origen de algunas confusiones y rasguños, y hétenos vivos y salvos, intactos y cabales.

De todo lo cual podemos deducir es un buen romance, al lado acá de los Pirineos, qué sea la prueba del submarino «Goubet» una muy lejos de ser tan satisfactoria como se había dicho.

Variedades

Solución a la charada inserta en el número anterior.

CORCO

Charada

Si dos sílabas que hacen mi charada,
Las digres y pronuncio de igual modo
Que puedo hacerlo sin quitarme nada,
Veo al instante en mi presencia al todo.

A. A.

La solución en el número próximo.

EL PREMIO GORDO

Cada real del premio mayor en el próximo sorteo, significa, por lo menos, una ilusión acrecida durante muchos días por diez millones de españoles, haciendo caso omiso de los muchísimos extranjeros que se aproximan a nuestras fronteras para picar en el cebo como el pez en el del anzuelo.

Resulta como fin de fiesta que de los diez millones ilusionistas, novecientos noventa y nueve mil se quedan como ciegos y ciegos, y una centena de personas con el dinero, porque sabido es que los premios grandes, los que pueden hacer la fortuna de los jugadores son siete, y para eso, por lo general, van muy repartidos.

Los cuarenta y siete premios siguientes, divididos, no pueden, como vulgarmente se dice, sacar de apuros a nadie; ni al pobre lo hacen rico, ni al rico más rico.

Hay un premio de suerte, que es el premio gordo.

Es agasajado el gobierno. Pone en circulación cincuenta mil billetes de quinientas pesetas, sumando la friolera de veinticinco millones de pesetas, o sea cien millones de reales, en números redondos.

Los premios que se conceden son siete mil seiscientos cincuenta y cuatro, importantes setenta y tres millones de reales, de modo que el gobierno sale ganando veintiseis millones,